

Rosa, yo te cultivé,
Y escucha bien mis palabras:
Antes que á la oruga te abras,
Del tallo te cortaré.

ROSA. —Vuestra soy.

DOCTOR. —Basta: á otra cosa,
Y que se cumplan dejemos
De Dios los juicios supremos.
Guarda esa escultura, Rosa,

Y que nos sirvan la cena.

ROSA. —¿Puedo ya tener por mía
Esta flor?

DOCTOR. —No todavía:
Mas tenla por prenda buena.

IV.

Con el són de las áuras rumorosa,
Con el oréo de su aliento fresca,
Con la luna en su lleno iluminada,
Con el primer olor de las violetas
Tempranas perfumada, magestuosa
Con la sublimidad que dá á las selvas
El solemne silencio que produce
Del hombre inquieto y de su voz la ausencia,
Límpida, nacarada, transparente,
Era una noche azul de primavera,
De esas que rivalizan con el día,
Menos fúlgidas que él, pero mas bellas.
Era una de esas noches deliciosas,
De paz, de amor y de misterio llenas,
Que echan sobre la hermosa Andalucía,
No el lóbrego capúz de las tinieblas,
Sinó la gasa azul del aire diáfano
Que sobre sus provincias se despliega,
Cual sobre su dormida favorita
Del Berberisco Amir la blanca tienda.
De la nocturna calma bajo el peso,
Y á la templada claridad serena
Que el estrellado firmamento radia,
Muda reposa la dormida tierra.
El húmedo rocío que en los árboles,
Las flores y los céspedes comienza
A congelar sus gotas cristalinas

Que caprichoso de las hojas cuelga,
 Se complace en tocar del bosque espeso
 La verde y enramada cabellera,
 Como la de una Etíope sultana
 Con hilos mil de luminosas perlas.
 ¡Cuán solemne la calma de la noche
 Es en la soledad de la floresta!
 ¡Cuán gratos los rumores y las sombras
 Que sus espacios silenciosos pueblan!
 Los bosques son los templos en que culto
 Dá á su Hacedor la gran naturaleza:
 Y entre los mil pilares de sus troncos,
 Bajo su verde bóveda que ondea,
 A la serena luz que el rico velo
 De su ojarasca rumorosa temple,
 Brotan los piadosos pensamientos,
 Y los recuerdos mil de la creencia.
 ¡Cuán graciosas del diáfano vacío
 Parecen á nuestra alma las quimeras,
 Y con cuánto placer en la memoria
 Nuestra imaginacion las aposenta!
 ¡Cuán agradables son las sensaciones
 Del viagero que cruza la arboleda
 Del fresco valle que al lugar conduce
 Donde un día pasó de su existencia,
 Donde dejó escondido algun recuerdo,
 Tesoro que con gusto á hallar volviera,
 Rastro del paso de su sér. . . . porque algo
 Del hombre siempre por do pasa queda.

Algo que hallar ansía cuando vuelve,
 Algo que siempre que lo busca encuentra
 Con amargura. . . . ¡flores de la vida
 Que brotan con un sol y otro las seca!
 Tal es empero el hombre: siempre aguarda
 Flores hallar en donde espinas siembra:
 Siempre va tras la dicha, y atrás siempre
 Mira creyendo que tras sí la deja.
 Por eso los recuerdos de su alma,
 Amargos ó sabrosos, le atormentan
 Siempre, y su corazon presentimientos
 Lúgubres ó siniestros alimenta.
 En la silvestre soledad por eso
 Nos asaltan el alma las quiméricas
 Imágenes del miedo, aunque valiente
 Nuestra razon las atropelle y venza.
 Los seres mil fantásticos que bullen
 En sus vacíos ámbitos impregnan
 De miedos vagos su region, hiriendo
 Nuestra imaginacion, la cual les presta
 Forma distinta y diferente causa
 De las que les revisten y les crean,
 Hasta tornar en mónstruos colosales
 Del campesino polvo las moléculas.
 Los ruidos mil que forman el silencio,
 Que no interrumpen su quietud ni alteran
 Su soledad, mas que el vacío mudo
 De su quietud y su silencio llenan,
 Se vienen á estrellar en los oidos

Del que, solo, los bosques atraviesa,
 Y el són imperceptible de sus átomos
 Estruendoso en su tímpano resuena.
 ¡Cuán naturales causas sin embargo
 Producen estas locas apariencias,
 Y con cuanto placer las descubrimos
 Despues de haber tenido pavor de ellas!
 Allí susurra la ondulante rama
 Do columpia su nido la oropéndola,
 Y su movible sombra nos parece
 De un espectro fugaz el ala negra.
 Allá una triste tórtola suspira
 A quien un hoja que se cae despierta,
 Y su perdido arrullo nos parece
 De un alma errante la angustiada queja.
 Allá al murmullo de escondido arroyo
 Que su cristal en las raices quiebra,
 El paso de los gnomos desvelados
 Nos parece sentir bajo la tierra.
 Allá el sordo y monótono ruído
 De un gusano que roe la corteza
 De un caduco abedul, creer nos hace
 Que algun gigante los peñascos sierra.
 Allí el ahogado y postrimer chirrido
 De un topo á quien sofoca una culebra,
 El silbido de alarma nos parece
 De oculto salteador que nos acecha.
 Allá en el són de la continua lágrima
 Con que el oculto manantial gotea,

De la invisible máquina del mundo
 Sentir creemos trabajar las ruedas.
 Sueños, delirios, aprehensiones hijas
 De la imaginacion y la conciencia,
 Cuyas causas, que ocultas nos espantan,
 Despues de comprendidas nos deleitan.
 Atravesad un bosque por la noche,
 Y en la enramada soledad desierta
 Saboreareis la dulce poesía
 De que colmó el Señor las arboledas.
 Mas ¡ay! vienen momentos en que el hombre
 De su placer ó de su angustia presa,
 Cruza la augusta soledad del bosque,
 Su soledad sin percibir siquiera.
 Así á través del valle innominado
 Donde pasa la accion de esta leyenda,
 Un embozado cabizbajo sigue
 De la mansion de Rosa la vereda.
 Sobre él susurran las movibles hojas,
 Bajo sus piés el manantial gotea,
 Silba en su torno el pájaro, el gusano
 Roe el almés, se arrastra la culebra,
 Suenan, en fin, y vagan los rumores
 Y sombras de los bosques, sin que puedan
 Despertar su atencion que adormecida
 En su abstraído pensamiento lleva.
 Sus ojos no se apartan de un objeto,
 Sus piés no se desvian de su senda,
 Rápido y recto vá. . . . sobre su línea

La aislada casa del doctor blanquea.
 Brilla una luz en el balcon de Rosa,
 E, irresistible iman, su llama trémula
 Al embozado al parecer atrae,
 Pues sus ojos tenaz no quita de ella.
 Por el fulgor de su fanal guiado
 A la casita sin dudar se acerca,
 Abandona la sombra de los olmos
 Y en el cercado de sus tápias entra.
 Llega al pié del balcon iluminado,
 Escucha, aguarda. . . . nadie; hace una seña
 Convenida tal vez, y permanece
 Inmóvil largo tiempo, la presencia
 De alguno de la suya prevenido
 Acechando; mas. . . . nadie. ¿No le esperan?
 ¿Habrá rendido el sueño á quien debía
 Estar atento á su señal?—A hacerla
 Vuelve. . . . el mismo silencio; la luz arde
 Detrás de las cortinas, pero reinan
 Dentro del aposento que ilumina
 Hondo silencio, soledad completa.
 Dá un paso mas hácia el balcon, escucha. . . .
 ¡Nada! silencio y soledad: reitera
 Osado la señal. . . . inútilmente:
 Aguarda, escucha. . . . nadie; se impacienta.
 Vuelve á apartarse y á mirar: devora
 Con sus miradas lo que ver le deja
 El abierto balcon. . . . brillando sigue
 En el cuarto la luz, mas cual si fuera

Lámpara de un panteon que de la vida
 Sirve no mas para mostrar la ausencia.
 Espera aún unos momentos. . . . ¡nadie!
 El gusano voráz de la sospecha
 Roe su corazon, á su cerebro
 Se agolpan mil imágenes siniestras;
 Torna á mirar, torna á escuchar, mas siempre
 En vano. . . . ¡aquella luz le desespera!
 ¿Qué es lo que alumbra aquella luz? ¿qué aguarda
 De aquel balcon la cavidad abierta?
 Aquella soledad, aquel silencio
 Que oponen á su afan una barrera
 De misterio, que atajan, que aniquilan
 Sus planes y esperanzas, que envenenan
 Su corazon con el vapor mortífero
 De la afanosa incertidumbre es fuerza
 Profundizar al fin; él necesita
 Saber al menos de quien busca nuevas,
 Al menos ver lo que la luz alumbra,
 Lo que se opone á lo que hallar desea.
 El balcon está bajo: entre él y el suelo
 Hay un respiradero cuya reja
 Puede dar á su pié seguro apoyo;
 Calcula las distancias: casi llega
 Con la mano al balcon: duda: es indigna
 Intencion de un hidalgo; la desecha.
 ¡Asaltar una casa! ¡Ir los secretos
 A violar de la mansion ajena!
 ¡Profanar el retiro de una dama!

¡Ofender el pudor de una doncella!
 Imposible: es audacia de villanos:
 Es acción que repugna á la nobleza
 De su alma. ¿Mas volverse? No es posible:
 En aquel aposento manifiesta
 De todo está la esplicacion acaso;
 Duda.... mas es forzoso: lo que arriesga
 Sabe, pero decídese: resuelto
 La capa tira, y por la vez primera
 A la luz de la luna sus facciones
 Y lo gentil de su persona muestra.
 Es un mancebo vigoroso y ágil,
 Cuyas formas robustas cuanto esbeltas,
 Cuya soltura y traje cortesano
 Nobleza acusan y valor revelan.
 Afirmó el pié derecho sobre el hierro
 De la saliente cruz de la lucerna:
 Elevóse: cogió con ambas manos
 Dos barras del balcon, y en sus muñecas
 Poderosas fiando, suspendido
 Dejó su cuerpo sin temor en ellas;
 Mas conócelas bien: en dos brazadas
 De la alta barandilla se apodera,
 En el macizo rodapié se afirma,
 Aparta el cortinaje con la diestra,
 E, introduciendo el busto, por el cuarto
 Sus miradas atónitas pasea.
 Es un cuadrado camarín: los muebles
 De su interior le acusan por vivienda

De una muger: mas lo que al mozo asombra
 No es que de una muger morada sea,
 (Lo que si aun ignoraba presumia
 Ya), sinó la sultánica opulencia,
 La riqueza oriental de aquella cámara
 Que él esperaba hallar simple y modesta,
 Y que mas que de estancia campesina
 De Kiosko de Estambul tiene apariencia.
 Lo es en verdad: su ambiente está aromado
 Con esencia de rosa: una arabesca
 Alfombra azul de rosas salpicada
 Cubre el suelo; cojines que cairelan
 Flecos de Fez la orlan: las paredes
 Están forradas de damasco persa
 Salpicado de rosas; las cortinas
 Que adornan los balcones y las puertas
 Son chales de la India recogidos
 Con guirnaldas de rosas, y las grecas
 Que dividen los frisos de los paños
 Figuran zarzas de rosal en trenzas.
 El techo forma pabellon: su centro
 Desde el cual los mil pliegues de la tela
 Parten al rededor, es una rosa
 De Alejandría: misterioso emblema
 Que se vé por dó quier reproducido,
 Como divisa del blason ó empresa
 Heráldica del dueño á quien sin duda
 La prodigada rosa representa;
 Sobre todo lo cual su luz derrama

El globo de una lámpara chinesca,
 Que una cigüeña de marfil calado
 Tiene en su pico de coral suspensa.
 Esta oriental estancia que el mancebo
 Desde el balcon estático contempla
 Tiene una alcoba que en su fondo se abre,
 Cuyo opaco interior defiende apénas
 El encaje sutil de una cortina,
 Que la brisa tal vez descorrió á médias.
 En el giron de luz que desgarrado
 Por la cortina en su interior penetra,
 Se ven los piés de un lecho cuyas ropas
 Sobre el tapiz que le circunda cuelgan:
 Y en él, mal apareadas y vacías,
 Yacen abandonadas dos chinelas
 De raso azul, forradas en armiño
 Y abotonadas con menudas perlas.
 La sultana invisible á cuyos régios
 Piés pertenecen ¿duerme trás aquella
 Cortina, ó preparada para el sueño
 La solitaria cámara la espera?
 Las chinelas vacías atestiguan
 Que ya reposa en su interior su dueña,
 Mas el hendo silencio de la estancia
 Que está vacía de vivientes prueba.
 Ya há diez minutos que el mancebo escucha
 Con profunda atencion: però concentra
 Todo su sér en vano en sus oidos;
 Percibe solo en su atencion intensa

El látido violento y desquiciado
 Con que su pecho el corazon golpéa,
 Enviando el flujo de su sangre en olas
 De su sién y su pulso á las artérias.
 No pudo mas el angustiado mozo:
 Saltó de la baranda la barrera,
 Avanzó hasta la alcoba, á la cortina
 Su mano adelantó, y al descorrerla,
 Con el doctor hallóse cara á cara,
 Quién alzando el capúz á una linterna,
 Hízole ver á Rosa sobre el lecho,
 Cual arrancada flor sobre la yerba;
 Inmóvil cual inánime escultura,
 Pálida mate cual de mármol hecha,
 Materia inerte, polvo cuyos átomos
 Pide acaso voraz la madre tierra.
 Una vez y otra vez pasó los ojos,
 Con la verdad el mozo andando á tientas,
 Desde Rosa al doctor desde este á Rosa,
 Él mudo y torvo, inanimada ella:
 Hasta que al fin el viejo de hito en hito
 Mirándole tenáz, la mano seca
 Extendiendo hácia él, y con voz sorda
 Y de inflexion acentuada y lenta,
 Le dijo estas palabras:—"Llegais tarde:
 "Cuando he cerrado á vuestro amor la puerta,
 "Trás del balcon á la deshonra abierto
 "Á la muerte aposté de centinela."
 Tál el mozo al oir, tendió las manos

Al cuerpo virginal de la doncella,
 Y por primera vez en él posándolas,
 Hallóla fria y concibióla muerta.
 Al contacto glacial del cuerpo exánime
 Y al comprender la realidad funesta,
 Cual de sulfúrea exhalacion tocado
 Por el fulgor y conmocion eléctrica,
 Se trastornó su sér: desparramáronse
 Por su cerebro herido sus ideas,
 Crispáronse sus nervios, extraviadas
 Reverberaron sus pupilas negras,
 Convulsiva tension desencajóle
 La descompuesta fáz, y de la hueca
 Cavidad de su pecho desprendióse
 Ronco estertor de carcajada histérica.
 Contemplóle el doctor, cambiando al punto
 De su semblante la expresion severa.
 En curiosa primero, en asombrada
 Despues, y al fin en compasiva y tierna,
 Y dió un paso hácia él: mas esquivándole
 Como quien cree pisar una culebra,
 Dando el macebo un salto y la baranda
 Asiendo del balcon, lanzóse fuera.
 Corrió el viejo á tenerle: mas ya el mozo,
 Cuando él llegó al balcon, tocaba en tierra,
 Y solo pudo contemplarle atónito
 Desatinado huir por la pradera.

CAPITULO III.

I.

Tres meses han transcurrido:
 La casita del Doctor
 Tan alegre antes, tan llena
 De flores, de luz y s'ón,
 Está respirando duelo;
 Habitan en su interior
 La soledad y el silencio:
 No hallan el aire ni el sol
 Por sus cerrados balcones
 Paso: no queda una flor
 En las incultas macetas
 Que retirar se olvidó
 De ellos; trabajan su tela
 En el ángulo exterior
 De sus marcos las arañas;
 Ecsala en fin la mansion
 Del doctor no sé qué ambiente
 De tristeza, qué vapor
 De misterio, que comienza
 De su triste habitacion
 A hacer para la comarca
 Un objeto de pavor.